

“El Tratado no incluye ninguna disposición para lograr la rehabilitación económica de Europa; nada para colocar a los Imperios centrales, derrotados, entre buenos vecinos; nada para dar estabilidad a los nuevos Estados de Europa; nada para levantar a Rusia, ni promueve en forma alguna la solidaridad económica estrecha entre los mismos aliados. En París no se logró ningún arreglo para restaurar la desorganizada Hacienda de Francia e Italia, ni para concordar los sistemas del Viejo y el Nuevo Mundo.

El Consejo de los Cuatro no prestó atención a estos problemas, por estar preocupado con otros (...). Es un hecho sorprendente que, teniendo el problema económico fundamental de una Europa hambrienta y deshecha ante sus ojos, fuera ésta la única cuestión sobre la cual fue imposible despertar el interés de los Cuatro. Las reparaciones eran su única incursión en el campo económico, y la resolvieron como un problema de teología, de política, de táctica electoral, desde todos los puntos de vista, excepto el del porvenir económico de los Estados cuyos destinos tenían en sus manos.

Dejemos (...) el Tratado, para considerar brevemente la situación económica de Europa tal y como la han creado la guerra y la paz; y no me propondré, en adelante, distinguir entre los frutos inevitables de la guerra y las desgracias evitables de la paz.

Expreso sencillamente los hechos esenciales de la situación tal y como los veo. Europa es el núcleo más denso de población conocido en la historia del mundo. Esta población está acostumbrada a un tipo de vida relativamente elevado, que aún hoy muchos de sus elementos esperan mejorar y no empeorar. (...)

El peligro que nos acosa, por tanto, es el descenso rápido del nivel de vida de las poblaciones europeas, hasta llegar a significar para algunas el hambre (punto a que ya se ha llegado en Rusia y pronto se llegará en Austria). Pero los hombres no siempre morirán con tranquilidad. Porque el hambre, que lleva a algunos al letargo y a la desesperación inerte, lleva a otros temperamentos a la inquietud nerviosa del histerismo y a la desesperación loca. Y éstos, en su miseria, pueden acabar de trastornar los restos de organización y hundir la civilización toda en sus intentos desesperados para satisfacer las necesidades apremiantes del individuo. Éste es el peligro contra el cual debemos aunar ahora todos nuestros recursos, nuestro valor y nuestro idealismo.

El 13 de mayo de 1919, el conde Brockdorff-Rantzau dirigió a la Conferencia de las Potencias aliadas y asociadas el informe de la Comisión económica alemana encargada de estudiar el efecto causado por las condiciones de la paz sobre la situación de la población alemana.

En el curso de las dos últimas generaciones Alemania se ha transformado de Estado agrícola en Estado industrial. Mientras fue un Estado agrícola, Alemania pudo alimentar a 40 millones de habitantes. Como Estado industrial, puede asegurar los medios de subsistencia para una población de 77 millones; y en 1913, la importación de substancias alimenticias ascendía, en cifras redondas, a 12 millones de toneladas. Antes de la guerra, 15 millones de personas proveían a su existencia en Alemania mediante el comercio exterior, la navegación y el uso directo o indirecto de materias primas extranjeras.

Después de reproducir las principales disposiciones del Tratado de Paz, el informe continúa:

Después de esta disminución de sus productos, después de la depresión económica resultante por la pérdida de sus colonias, su flota mercante y sus inversiones en el extranjero, Alemania no estará en situación de importar la cantidad necesaria de materias primas. Una parte enorme de la industria alemana será condenada, por tanto, a inevitable destrucción. La necesidad de importar materias alimenticias aumentará considerablemente, al mismo tiempo que disminuirá grandemente la posibilidad de satisfacer esta necesidad. Por tanto, muy en breve Alemania no estará en situación de

dar pan y trabajo a sus numerosos millones de habitantes, que estarán imposibilitados de ganar su vida con la navegación y el comercio. Estas personas podrían emigrar; pero esto es materialmente imposible, porque muchos países, y los más importantes, se opondrían a toda inmigración alemana. Ejecutar las condiciones de la paz implicaría lógicamente, por tanto, la pérdida de varios millones de personas en Alemania. Esta catástrofe no tardará mucho en ocurrir, puesto que la salud de la población se ha debilitado durante la guerra por el bloqueo, y durante el Armisticio por la agravación del bloqueo del hambre. Ningún auxilio, por grande que fuera, ni por larga que fuera su duración, podría impedir estas muertes en masa. No sabemos, y en realidad dudamos - termina el informe-, si los delegados de las Potencias aliadas y asociadas se harán cargo de las consecuencias inevitables que tendrían lugar si Alemania, Estado industrial, densamente poblado, íntimamente ligado con el sistema económico del mundo, y bajo la necesidad de importar grandes cantidades de materias primas y de alimentos, se encontrara repentinamente empujada a volver al momento de su evolución correspondiente a la situación económica y a su población de hace medio siglo. Aquellos que firman este Tratado firmarían la sentencia de muerte de muchos millones de alemanes, hombres, mujeres y niños. No sé de ninguna contestación adecuada a estas palabras.”

“Si lo que nos proponemos es que, por lo menos durante una generación Alemania no pueda adquirir siquiera una mediana prosperidad; si creemos que todos nuestros recientes aliados son ángeles puros y todos nuestros recientes enemigos, alemanes, austríacos, húngaros y los demás son hijos de del demonio; si deseamos que, año tras año, Alemania sea empobrecida y sus hijos se mueran de hambre y enfermen, y que esté rodeada de enemigos, entonces rechazamos todas las proposiciones generosas, y particularmente las que puedan ayudar a Alemania a recuperar una parte de su antigua prosperidad material. (...).

Si tal modo de estimar a las naciones y las relaciones de unas con otras fuera adoptado por las democracias de la Europa occidental, entonces, ¡que el Cielo nos salve a todos; Si nosotros aspiramos deliberadamente al empobrecimiento de la Europa central, la venganza, no dudo en predecirlo, no tardará.”

Fuente: KEYNES, J.M. (1987) *Las consecuencias económicas de la paz*. Barcelona.